





PARTÍCIPES DE LO IMPUNE



Germán Rodríguez

PARTÍCIPES
DE LO IMPUNE



Primera edición: marzo 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Germán Rodríguez

© Ilustración de portada: Melibú

© Diseño de portada: Germán Rodríguez

ISBN: 978-84-17784-54-6

ISBN digital: 978-84-17784-55-3

Depósito legal: M-8970-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

El novelista es todos y cada uno de sus personajes, con el total de las contradicciones que esa multitud presenta. Es a la vez, o en diferentes momentos de su existencia, piadoso y despiadado, generoso y mezquino, austero y libidinoso. Y cuanto más complejo es un individuo, más contradictorio es.

ERNESTO SÁBATO



*Hemos sufrido tanto para encontrarnos y aún así
estamos destinados a perdernos.*



Cimas

Los viajes internos son aquellos que nos marcan sin siquiera movernos de nuestro lugar. «Las penas del Álvaro» me hicieron recorrer los maravillosos empedrados caminos del amor, las pasarelas más empinadas de la obsesión y los riscos escarpados y pintorescos de la soledad. Escalamos nuestros propios sueños sabiéndolos inalcanzables. No podremos saciar nuestra sed sin antes generarla.

La vida jamás nos esperará, aunque a veces se olvide de nosotros.

Seamos tristes en nuestra felicidad pero nunca, oh Dios mío, nunca seamos felices en la tristeza. No nos acostumbremos a la soledad, no nos obliguemos al miedo. No seamos merecedores de nuestras penas.

Que nuestro dolor muera con nosotros cada noche, y que tarde en florecer por la mañana.

Quizá alguien pueda entenderlo...



Un libro

En mi ya acostumbrado recorrido semanal por viejos puestos de antigüedades y librerías de mala muerte en busca de alguna reliquia olvidada, me había propuesto encontrar uno de los libros que había cambiado mi perspectiva sobre la literatura romántica. El manuscrito en cuestión era *Las penas del joven Werther*, del excéntrico autor alemán Johann Goethe. Mi empresa se desarrolló con más dificultad de lo que pensaba. Luego de varios rechazos y redirecciones, me topé con un pequeño puesto callejero, atendido por un anciano canoso de boina gris. Sus pantalones de vestir marrón *curry* estaban sujetos por un solo tirante deshilachado que estaba a punto de seguir el destino de su par y su camisa marcaba amplias manchas de humedad.

—¿Qué anda buscando, muchacho? —me gritó en la distancia con una voz algo ronca—. Pregunte nomás.

—Estoy mirando, gracias —respondí sabiendo lo que buscaba y conjeturando erróneamente que el octogenario anciano no iba a entender mi pedido.

El puesto estaba compuesto por una magullada lona tipo *nylon* y una centena de libros, tapa dura en su mayoría, desparrramados al azar. Se notaba el desgaste del sol y la humedad de donde fuera que se almacenaban. Mi vista recorría rápidamente los títulos, como quien sabe que no va a encontrar lo que busca, ante la atenta mirada del puestero. Ya a punto de retirarme del lugar le pregunté, casi por cortesía, si poseía el libro en cuestión.

—¿Las desventuras, dirás? —me corrigió—. Ya te lo alcanzo, hace mucho que no me pedían este...

—¿Cuánto es? —pregunté.

—Está marcado en la primera página, creo que está a veinte pesos —contestó velozmente.

Con un leve movimiento de cabeza afirmé. Tomó otro ejemplar del mismo libro que se encontraba en una mesa a su espalda, quitó algo del interior y me lo entregó. Le pagué justo y guardé el libro en mi morral. Contento por la concreción de mi propósito me dirigí hacia mi casa caminando bajo la suave lluvia que empezaba a caer sobre la ciudad. Abroché mi campera y le di una vuelta más a mi bufanda cuadrillé verde. Pensé en desviarme unas cuadras para ver el mar, pero no lo hice. Caminé directamente a la casona de la calle Funes donde me esperaba mi esposa con la comida. Mi andar era lento, más que de costumbre. Disfrutaba la sensación que provocaban las gotas bajando por mis mejillas hasta escurrirse en la parte inferior de mi quijada. Las inclemencias del tiempo en Mar del Plata nos tienen acostumbrados a los chaparrones espontáneos o a esas precipitaciones uniformes de gotas imperceptibles que algunos llaman llovizna. Al llegar, mi esposa Isabel me recibió con su cara de ofuscación clásica de cuando regresaba de mis paseos empaado. Siempre decía que no valoraba su trabajo en la casa. Su tempestuoso humor tardaba mucho tiempo en cambiar, pero no esta vez y, al sentarnos a cenar, ya volvió a sonreír con esos dientes de impoluto blanco, que apenas eran eclipsados por sus ojos azulados que funcionaban como un arma de seducción masiva para cualquiera que los mirara fijamente por más de diez segundos. Isabel y yo nos conocimos y enamoramos en la Facultad de Periodismo de Palermo. Allá por el año 98, nuestros caminos se cruzaron por primera vez en una clase de investigación y, aunque no dejamos de mirarnos por un segundo, no pasó más que eso. Luego volvimos a vernos las caras durante una presentación oral que di en el aula magna sobre economías emergentes latinoamericanas. Mi discurso trascurría con la entereza congénita que me caracterizaba. Estaba

concentrado, hasta casi cabreado con el tema en cuestión pero con todo bajo control. Hasta que la vi allí, sentada en la quinta fila al lado de la ventana, con su cabello castaño oscuro recogido, sus lentes cayendo levemente sobre su esbelta nariz, mientras mordía sutilmente un bolígrafo Parker de capuchón dorado. Empecé a tartamudear de forma automática, mezclaba las oraciones que tenía ordenadas a la perfección en mi cabeza y confundía ciudades como Cuzco con Potosí o Quito con Lima. Aprobé raspando.

A la salida me interceptó bajando la escalera que desembocaba en Cabildo.

—Me gustó la charla, lástima que estabas medio nervioso —dijo.

—¿Medio? —reímos tanto por nerviosismo como por incomodidad.

Yo no era ningún sabio en el arte de la seducción. Me sentía inquieto, dubitativo, pero ella parecía calmada, como si hubiese hecho aquello miles de veces.

—¿A dónde vas? —preguntó ella.

—A mi casa —mentí, en realidad me dirigía a la de una de mis abuelas pero me dio algo de vergüenza decirlo.

Caminamos juntos unas cuadras hasta que ella dijo que ahí se tomaba el colectivo, nos sentamos, lo esperamos juntos, hablamos, hablamos mucho, pasó el colectivo y no se subió, el tiempo pareció detenerse cuando ella tomó mi mano y la frotó entre sus palmas. Me miró fijo, la miré, sonreímos y nos besamos desenfrenadamente, como dos adolescentes, en la parada del 43 a Laferrere.

Desde ese entonces nos volvimos inseparables; dejé de frecuentar a mis amigos para concentrar mi tiempo en ella, apuré mis estudios para poder formar una familia y abandoné mis sueños juveniles porque ella se había transformado en mi único sueño.

A los pocos años de habernos graduado recibimos una suculenta oferta de un periódico marplatense para transformarnos en jefes de redacción. No hubo lugar a dudas. Armamos nuestras valijas, tomamos a la pequeña Josefina de tan solo dos años, fruto

de nuestro amor, y partimos hacia La Feliz, de donde la familia de Isabel era oriunda.

El Atlántico nos brindó una hermosa casa en el barrio Pompeya. Una construcción colonial, algo descuidada, pero imponente.

La casona comprendía tres pisos: un sótano, la planta baja y un piso superior. Apenas uno entraba se chocaba con un amplio salón comedor pintado de un sobrio vino tinto interrumpido con bandas blancas. El techo, ubicado a más de seis metros de altura, permitía el ingreso y expansión de luz a toda la casa. En la sala, justo enfrente del ventanal, se encontraba una enorme biblioteca que, pese a nuestra gran cantidad de libros, no supimos llenar. Tras subir una escalera de veintitrés escalones, se abría un breve pasillo que llevaba a tres puertas: nuestro dormitorio, el de la pequeña Josefina y al último, un pequeño cuarto con una minúscula terraza, que lo transformé en mi estudio personal.

Mi pasión por el periodismo de investigación me hizo meter las narices donde no debía o donde se suponía no debía meterlas. Gracias a eso, recibí una jubilación más que generosa a muy temprana edad. Con apenas treinta años ya me habían jubilado, o me fueron, como se dice en los trabajos. Gracias a eso, pude dedicarme de lleno a la crianza de Josefina, mientras mi esposa se compenetraba cada vez más con su nuevo empleo de jefa de prensa de la municipalidad de General Pueyrredón que, aunque nunca se lo dije, no solo se debía a sus indudables habilidades y carisma como escritora, sino también porque las actividades ilegales que había descubierto en mi época más intrépida en *El Atlántico* involucraban a funcionarios de la intendencia. Y siempre conjeturé que ellos la querían mantener cerca, como una especie de seguro para que yo no abriera la boca.

La cena fue tranquila, nuestra hija se había ido a dormir a casa de una compañera de escuela y pudimos disfrutar de una velada como cuando éramos novios. Tomamos champán para celebrar un reciente aumento de sueldo de Isabel y luego, borrachos de emociones, hicimos el amor sobre la mesada. Ella subió a la habitación

y dijo que me esperaría despierta mientras yo fumaba mi religioso cigarrillo nocturno en la galería. Sabía que se quedaría dormida rápidamente. Pasé junto a la pieza, la puerta estaba entreabierta y me quedé apoyado en el marco observando su sueño durante unos minutos. Luego me dirigí al estudio contiguo donde pretendía terminar algunos de mis artículos inconclusos. Me desplomé en el sillón, prendí otro cigarrillo mientras hojeaba un tomo de las obras completas de Hemingway que nunca me animé a terminar de leer. Me estiré para abrir la ventana. Isabel no toleraba que fumara en la casa. Ahí fue cuando vi el morral que se encontraba prolijamente acomodado sobre una de las sillas de pana color crema que habían venido con la casa y recordé la adquisición de la tarde. Tomé el libro, tiré algunos papeles al piso y me propuse hojear algunos capítulos al azar.

Lo abrí en la página sesenta y pico y mi mirada automáticamente se dirigió a una frase en negrita que sobresalía de las demás y dictaba lo siguiente:

«Sentir es sufrir cuando se siente de la misma manera con la que se ama. Lágrimas caen sobre viejos recuerdos empolvados de un corazón averiado. El olvido disuelve las tristezas y el recuerdo exagera lo que, quizá, nunca fue tan bueno.

»Álvaro apretó el papel en su mano con cólera, no pudo evitar llorar. Volvió a abrir los pliegos y continuó leyendo, mientras las lágrimas seguían cayendo sin escalas sobre la carta.

»Lo justo y lo real, buscar injusticias, echar culpas al resignado destino que se escribió o se escribe sin nuestra autoría. ¿Es justa nuestra suerte? ¿O es la suerte lo que hace a la justicia? Gracias al azar tenemos decisiones y esas decisiones hacen de nuestra vida una ruleta en la que nosotros elegimos nuestra suerte aunque, claro, no lo sabemos.

»Se sentía solo, decep...».

Interrumpí la lectura bruscamente. Hacía cuantiosos años que había leído *Las penas del joven Werther* pero, sin duda, estas no eran

las palabras, ni la narrativa de Goethe. Tampoco recordaba a ningún Álvaro en la historia.

Retorné a la primera página donde el título se encontraba tachado con lápiz y sustituido: *Las penas del joven Werther*. *ÁLVARO*. Me irrité. «Léalo, luego compréndame», apenas se percibía abajo del título en una imprenta desprolija y borroneada. Arrojé el libro bajo la mesa y me fui a acostar.

Al día siguiente, a eso de las siete de la tarde, me encaminé nuevamente hacia la esquina de 25 de Mayo y La Rioja. El hombre ya no estaba y, por añadidura, tampoco el puesto. Pensé en ir a comprar el libro a otro lado. La idea no perseveró mucho en mi cabeza. Volví a casa, empezaba a llover. Isabel y Josefina se habían ido a pasar el día a Sierra de los Padres. Mis suegros poseían una hermosa casa quinta en lo más alto de la sierra y, por la espesa tormenta que se asomaba, resolvieron quedarse por la noche.

Estaba solo. Tenía la casa para mí. Quise aprovechar el silencio y terminar algunos de mis artículos, los repasaba, los releía, pero no contaba con la concentración que correspondía para escribir una sola palabra. Me zambullí en mi estudio con un *brandy* en una mano y un *parisién* en la otra. Miraba la luna por la ventana y por entre las nubes, nada relevante pasaba por mi cabeza hasta que volví a ver el libro debajo de la mesa. Lo levanté y, con un desinterés producido por el exceso de alcohol, comencé a leerlo. Esta vez desde el principio.



II

Las penas del Álvaro

Capítulo primero

—Me enamoro todas las noches de alguien diferente, quizá hasta de mí mismo. Reír, abrazar, besar a otro ser humano por primera vez es, acaso, el amor para mí —filosofó Álvaro antes de golpear el grueso vaso de JB contra la mesa, y continuar—. Algo único, primerizo, intentar enamorar es una tarea tan fina y dificultosa como aprender a amar. Tal vez algún día quiera enamorar todas las noches a la misma persona, ¿será una señal de amor? ¿O tal vez de que no quiera seguir intentando buscar ese amor que todavía no he encontrado? —antes de poder contestar estas preguntas de las cuales ninguna persona puede alardear conocer las respuestas, su amigo y compañero de años, el obtuso Adrián Carmona lo interrumpió con una risa y una mirada de resignación.

La mayoría de los muchachos que se reunían en el bar de la calle Corrientes, aunque ninguno llegaba a los treinta años, ya estaban casados. Hacía tanto tiempo que se habían olvidado de las sensaciones que el primer amor despierta y más aún en un joven como Álvaro Mansilla, que era el menor del grupo.

Ya en la vereda, comenzaron los cordiales saludos de los jóvenes que emprendían la retirada a sus respectivas casas para acostarse, como todas las noches, junto a sus respectivas esposas. Pero no Álvaro, él no era así. Él creía tanto en el amor que suponía no lo



encontraría nunca, porque si lo encontraba tal vez sería resignarse a no hallar otro aún más fuerte. En cuestión de minutos quedó solo sentado en el cordón y lo único que le venía a la mente era ese recurrente pensamiento de soledad, ya que desde hacía años era el único soltero del grupo. Esa era su elección, siempre la mantuvo como una convicción que, si no cumplía, se defraudaría a sí mismo. La mayoría de sus amoríos eran efímeros pero intensos y, a su vez, fáciles de olvidar. Sus amigos le decían: «Ya va a llegar esa que te va a volar la cabeza». Pero lo que no sabían era que «esa» ya había llegado y que, tan rápido como había llegado, se había ido.

Noche tras noche, año tras año, era su último pensamiento antes de entregarse al sueño y el primero al despertar. Pasado el tiempo, sus sentires eran tan intensos como el primer día que la vio junto a su padre, entrando en aquel restaurante de la zona de La Perla.

Desde que había terminado la escuela, su madre, debido a sus repetidas negaciones por el estudio, lo había mandado a trabajar como mozo al restaurante de un amigo de su tío, en el cual ya había pasado algunas temporadas. Pero claro, el invierno en Mar del Plata no es como el verano y Álvaro pasaba más tiempo insinuándose a las mozas o jugando a las chapitas con los cocineros que atendiendo mesas.

Fue una fría noche de julio cuando la vio entrar vestida con un immaculado vestido blanco junto a su padre y su hermano. Su cabello rubio y ondulado caía con una destreza admirable sobre los hombros, y sus ojos color miel parecían desentenderse de todo alrededor. Álvaro no olvidaría esa escena en toda su vida. En un segundo supo que no iba a ser una más, que con esa persona debía pasar el resto de su vida. Su imaginación se fue con ella, se pensó envejeciendo juntos de la mano, fantaseó con tres hijos con el cabello de su madre que correteaban a su alrededor. Se vio feliz y le gustó.

—Disculpe, ¿la reserva de la familia Argón es esta? —dijo el padre con un tono violento y autoritario señalando una mesa junto a la ventana en la que se leía un cartel de reservado.

Álvaro movió la cabeza como quien despierta de un sueño y sonrió.

—Enseguida le digo, señor.

Tomaron asiento y los atendió el Flaco Mancuello. Él estaba muy tenso para hacerlo y pensó que se le iban a caer las cosas de la bandeja, ya que cuando se ponía nervioso le transpiraban mucho las manos. Acomodado en la barra no podía dejar de mirarla y, aunque simulaba no hacerlo, era más que evidente que no podía sacarle los ojos de encima.

Desde el extremo del salón, sosteniendo sus codos sobre la barra y con una sonrisa jovial y picarona en su rostro, analizaba un acercamiento a la muchacha que le parecía dificultoso. Comenzó a observar todos los detalles. Si iban al baño, qué comieron, hasta pensó, en un momento de locura, sabotear el café del padre y el hijo. Vio, entonces, que los dos hombres llevaban un pañuelo negro prolijamente doblado en la solapa, en señal de luto por la muerte de la jefa espiritual, ocurrida hace menos de una semana y supuso que eran peronistas de primer orden. Entonces quiso aproximarse con aquel pretexto pero rápidamente abandonó la contingencia. Tomó una servilleta y escribió: «Ningún sentir es eterno, el final es casi tan inminente como el comienzo. Probablemente lo único que importa es el presente, el disfrute de lo momentáneo. Álvaro: 45 – 2451». Y la introdujo sigilosamente en la cartera de la chica, gracias a un acto de distracción del Flaco Mancuello digno de un ilusionista del mítico Covent Garden de la capital británica.

Pasaron los días, las semanas y Álvaro no podía sacar de su cabeza el rostro de la pobre chica. Iba poco y nada al bar con sus amigos porque le atormentaba la idea de que ella llamara y nadie le contestara. Había dado estrictas órdenes a sus padres sobre qué decir si él no se encontraba en la casa. Cada vez que el teléfono sonaba, corría a su encuentro y atendía con el mayor de los entusiasmos hasta que comprobaba que en el otro lado no estaba la muchacha de ojos color miel. Entonces cortaba. La casa de los Mansilla era una de las pocas residencias de la cuadra que poseía un

aparato telefónico propio, por eso mismo muchos de los vecinos dejaban aquel número como referencia de localización.

Cuando se acostaba teorizaba sobre por qué no llamaba, por qué no merecía su amor y ahí, en un momento de lucidez, fue cuando se dio cuenta de que probablemente la chica pensaba que él era en realidad Mancuello. En sí, era lo más probable ya que él había atendido la mesa. No era por nada que no llamaba, el Flaco, como le decíamos, tenía cuarenta años pero parecía de sesenta, con sus ojeras caídas, la barba crecida y el cabello lleno de canas engominado hacia atrás. Había trabajado toda su vida de mozo en varios bares de la ciudad, lo que le había hecho una fama muy particular con el uso de la bandeja. Se decía, o al menos él contaba, que una vez llevó sesenta copas en una sola bandeja sin volcar una gota. Se sonrió y dijo en voz alta en la oscura habitación de la calle Catamarca:

—Piensa que soy Mancuello.

El pecho se le llenó de alegría porque ahora tenía la certeza de que la muchacha no sabía quién era y todavía tenía una oportunidad. Todos los días era el primero en llegar al trabajo y el último en irse, cada tanto se asomaba a la vereda con la ilusión de verla venir. Pero no, no pasó.

Los meses hicieron que desapareciera por completo la esperanza de una llamada y solo se aferraba a la posibilidad de una vuelta al restaurante. Aun así, cada vez que el teléfono sonaba se le estremecía el pecho, aunque sabía que seguramente sería la tía de alguno.

El desamor creció de manera desorbitante en un chico que apenas tenía veintiún años. Mientras sus amigos cumplían con las reglas sociales con una imbécil ingenuidad y sucumbían en relaciones sin pasión, Álvaro aprendía las estrategias del amor, jugaba con las emociones de las muchachas con una impunidad triste, ya que en un segundo entendió lo que era el amor y en ese mismo segundo supo lo que era perderlo. Especulaba con los sentimientos de las pobres chicas, hacía planes, cantaba una y otra vez las mismas canciones. Las llevaba a los mismos lugares y hasta, a veces, pedía

lo mismo. Caminaba tomado de la mano por las mismas baldosas una y otra vez, y se parafraseaba a sí mismo. En eso se había transformado el amor para él: una rutina de repeticiones en la que solo cambiaba la coprotagonista de la trama. Era una especie de camaleón que mutaba su personalidad según lo que la otra persona necesitaba o deseaba. Álvaro había sido dotado con un extraño poder de seducción y se consideraba a sí mismo un auténtico rompecorazones. Había roto decenas de ellos, ultrajado cientos de sentimientos y defraudado las caricias más reales. Pese a eso, se sentía orgulloso de sí mismo. El vicio de la mujer era su único vicio.

Pasaron los años y, hasta a veces, había días en los que no se acordaba de los rizos de la chica de la cual nunca conoció el nombre. Ya ni sabía lo que sentía. Se levantaba pensando en ella, pero apenas podía recordar su rostro y a menudo lo confundía con el de alguna moza o la hermana de algún amigo. Llegó a pensar que tal vez se la hubiera cruzado nuevamente y no la había reconocido, pero ese pensamiento se desvanecía con la misma rapidez con la que el corazón siente.

Una noche se encontraba solo y borracho en el cordón, sus amigos se habían ido y lo abordaba el recuerdo de las noches de verano. Con la cabeza mirando el suelo y sus dedos tomando la punta de los mocasines de cuero negro, sintió una mano en el hombro y una voz áspera que le decía:

—Qué raro vos solo y no revoloteando con alguna mina.

Álvaro alzó la cabeza pero ya había reconocido esa maravillosa tonada paisana que lo había acompañado los últimos cuatro años en el bar. Eran Mancuello junto al Gordo Titi, uno de los cocineros del bar encargado de levantar el prode clandestino de la cocina.

—¿Y? —indagó—. ¿Seguís pensando en la rubia peronista?

Escupió y miró a su amigo con una mirada cómplice y una mueca que hablaba por sí sola.

—Te tengo una sorpresa pibe; me crucé con el viejo —continuó.

—¿Qué? ¿Dónde? —replicó el joven.

—Tranquilo, pibe —apaciguó el diálogo—, que no me lo encontré acá a la vuelta; me lo crucé la semana pasada en el parque Lezama cuando fuimos con el Gordo a ver Racing-San Lorenzo. No sabes qué partidazo.

—¿La viste a ella? —dijo pisando las palabras.

—¿Estás sordo? —dijo riéndose el Flaco—. No la vi a ella. Él estaba hablando con el del puesto de diarios, parecía como que esperaba a alguien. Nosotros estuvimos diez minutos hasta que vino el colectivo y no apareció nadie.

—Para mí que estaba haciendo pinta —acotó el Gordo.

Álvaro miraba anonadado, no sabía qué decir.

—Ah sí, vino alguien —continuó Mancuello.

—¿Sí? ¿Quién? —recuperó la esperanza.

—El 55 —y se echó a reír—, déjate de joder, pibe, con todas las minas que hay.

—¿Cómo te acordaste de él?

—Nene, Mancuello jamás se olvida la cara de un cliente y menos de uno tan hinchapelotas como ese —dijo y entró en el bar con el Gordo Titi que apenas se sostenía en pie.

Lo poco que la había olvidado volvió a él con más fuerza y en un santiamén tomó la resolución de abordar el primer marplatense de la mañana hacia Constitución. Una decisión tomada con mayor rigor ético que conciencia. Llegó a su casa a eso de las dos de la mañana y escribió una breve nota para sus padres que decía: «Me voy a Buenos Aires a ver a River con el Bocha, vuelvo el domingo». Agarró un poco de plata, metió un libro y algo de ropa en una mochila camuflada y salió hacia la estación con la única premisa de encontrar a esa muchacha que lo atormentaba desde hacía cuatro años. El tren partía recién a las siete de la mañana, así que tuvo tiempo de pensar en lo ilógico de su accionar, pero se confortaba diciendo en voz muy bajita:

—Si me vieran los muchachos.

Entró en el bar de la estación, pidió una servilleta y anotó: «Factores adversos, grandes casualidades hacen de la felicidad y la

sorpresa algo superador. La imposición de lo incorrecto, la adrenalina de lo disparatado se compensan con la sonrisa del loco». Lo releyó, sonrió, lo hizo un bollo y lo metió en el bolsillo del pantalón.

El ambiente en la estación no era el mejor, con las escasas luces que había, los indigentes aprovechaban para dormir bajo los bancos de piedra amarillenta de los andenes y la poca gente que deambulaba por los pasillos parecía más bien estar escondiéndose de la policía que esperando un tren. Álvaro no se asustaba por el entorno pero tampoco se presagiaba cómodo.

Pese a haber nacido en una familia de clase media bastante acomodada, supo criarse desde muy temprana edad en la calle, aprendiendo a coscorriones y corridas cómo eran las cosas en la vida. Era un consumidor insaciable de literatura, o, como solía denominarse, «un apasionado devorador de libros», amaba escribir y se emocionaba con la poesía más cruda de Almafuerte o los versos de Rubén Darío. No leía para acumular datos o información, lo hacía para pulir su personalidad, para poder encontrar una lucidez que le permitiera vislumbrar otros y, quizá, mejores placeres. Pero allá en el barrio se veía en la obligación de mostrarse reacio, rudo. Creía imponer respeto de esa forma. Había descubierto la literatura a muy temprana edad. La biblioteca pública de la ciudad quedaba a solo dos cuadras de su casa y con apenas ocho años consiguió su carnet de lector.

Al subirse al tren se acomodó tímidamente en un asiento frente a la ventana, a unos pasos del salón comedor. Se replegó. Estiró las piernas a su máxima extensión, entrecruzó los dedos de sus manos detrás de la nuca y, antes de cerrar los ojos, suspiró:

—Si me vieran los muchachos.





III

Las penas del Álvaro

Capítulo segundo

Varias horas habían pasado desde que el joven Mansilla había arribado a la Capital Federal. No era su primera visita, pero sí debutaba en una expedición solitaria por la metrópolis. Deambuló por Florida, visitó el obelisco y se obnubiló mirando las gigantes casacas marquesinas de la calle Corrientes. Su objetivo estaba claro: llegar antes del atardecer al parque Lezama.

Se perdió, y se perdió feo. Terminó a las nueve de la noche en la estación de La Paternal. Ni él sabía cómo acabó ahí. Se cuestionó lo que estaba haciendo y hasta pensó seriamente en volverse a Mar del Plata. Pero su pertinacia de enamorado rechazado pudo más y, tras una serie de instrucciones de un levantabarrera, logró llegar al parque Lezama a las dos de la mañana. Durmió en uno de los bancos de la plaza hasta que el sol se asomó por la avenida Martín García y se le hizo imposible continuar el sueño. Caminó en busca del puesto de diarios. Localizó dos. Todavía estaban cerrados. Aprovechó y entró en un bar que estaba levantando las cortinas. Se pidió un café con leche con tres medialunas. Leyó la parte de deportes de *Clarín* y se dio cuenta de que River jugaba en Córdoba en esa fecha. Indignado consigo mismo, presintió que su mentira no iba a durar mucho de todas maneras, pero más adelante habría tiempo para excusarse con sus padres.



Esperó que fueran las ocho de la mañana para ir a indagar al primer quiosquero de la esquina de Brasil y Defensa. Se acercó de forma casual, como quien no quiere la cosa, el tipo no le dio pelota, es más, apenas lo miró.

—Decime qué es lo querés, pibe —le dijo con un tono austero—, no ves que estoy laburando, me espantás a los clientes.

—Perdón, lo que pasa es que estoy buscando a un tipo, bah, en realidad a la hija.

—¿Y? —gritó el quiosquero mientras acomodaba las revistas de espectáculos en una de las vidrieras exteriores del puesto.

—Lo único que sé es que el apellido es Argón, creo que es peonista y tiene dos hijos —dijo pisando palabras.

—Yo qué sé, pibe, si me decís el nombre por ahí te ayudo.

—Es alto, pintón, la semana pasada estuvo hablando con usted un rato, antes de que jugara Racing contra San Lorenzo.

—¿Sos de Racing vos? —indagó el quiosquero mientras se reía.

—No, señor, yo soy de River —dijo como quien se defiende de una acusación.

—Mejor, porque si eras de Racing no te decía un carajo. Mirá pibe, la semana pasada yo no laburé. El puesto lo atendió mi cuñado Mauricio, por ahí era amigo de él. Yo qué sé. El atiende los fines de semana, si venís mañana seguro lo encontrás.

Álvaro sonrió, creyó estar un paso más cerca de los brazos de su amada.

—Ahora, rajá —finalizó.

Le agradeció con un movimiento de cabeza y se afanó una *Condorito* cuando el quiosquero se dio vuelta para atender a una señora.

Tenía todo el día por delante y ninguna pista certera que seguir, solo la del cuñado. Ese era el único puesto de diarios de todo el parque, el otro terminó siendo un quiosco de gaseosas y golosinas. Eso le daba cierta confianza. Bajó por Defensa hasta avenida Independencia, cruzó algunas calles sin saber bien cuáles y se topó con una vieja hostería llamada Del Mar. Lo atendió una señora de unos cincuenta años, vestida de entrecasa con un pañuelo de gasa

rojo en la cabeza, que dejaba entrever unos ruleros color cian. Fue realmente muy amable y comprensiva cuando el joven Mansilla le contó la verdadera historia por la cual estaba en la capital y que no cargaba con mucho dinero. Honestamente abusó un poco de su simpatía, como quien dice, se tiró a menos.

—Pero cuando la encuentres, me la traes para que la conozca —dijo la señora sonriendo, luego de confirmarle un cuartito en el fondo por la mitad de la tarifa. Pagó la noche del sábado y la del domingo por adelantado. Apenas le quedaba algo de plata para el pasaje de vuelta a Mar del Plata.

Acomodó sus escasas pertenencias en la pícota, agarró unos cospeles que tenía metidos en uno de los bolsillos de la mochila, salió en busca de un teléfono público y llamó al Bocha.

—Bocha querido, ¿cómo andás?

—¿Qué mierda hacés llamando a esta hora? —contestó agresivamente con voz de recién levantado—. ¿No ves que estoy durmiendo?

—No, no veo, boludo —se rio.

Adrián Carmona, el Bocha como le decían los amigos, cortó.

Llamó un par de veces más, pero no le atendió el teléfono. Regresó rápidamente a la hostería y, sin comer nada, se acostó a dormir una siesta. Al despertar, le preguntó a la señora por un lugar para comer barato. Ella lo invitó a pasar a la cocina y le convidó a un poco del guiso que estaba preparando. No le gustaban mucho ese tipo de comidas pero no era tiempo de andar con preferencias. Comió sin querrela alguna. Gladys era la viuda de un militar, asesinado durante el golpe de Estado de septiembre del treinta que derrocó al presidente Hipólito Yrigoyen y con él a la entereza de la Unión Cívica Radical. Aunque habían pasado más de veinte años, nunca volvió a estar con otro hombre. Por los pasillos se veían fotografías algo deterioradas de algunas vacaciones en Mar del Plata con su marido. Gladys y Ernesto nunca tuvieron hijos. Estuvieron casados desde principios de la década del veinte y, con apenas dos años de noviazgo, decidieron que querían compartir el resto de su

vida, a pesar de sus marcadas diferencias ideológicas. Ella era defensora de un nuevo modelo que planeaba instalarse en el mundo: el socialismo, y él era un radical de primer orden. El amor y los sueños duraron hasta la noche del siete de septiembre de 1930 en la que un malviviente le disparó dos tiros por la espalda cuando retornaba a su casa, por el solo hecho de llevar su uniforme con orgullo y decoro. Derrotada por el dolor de perder a su primer y único hombre en la vida, Gladys se exilió al campo durante los dos años que duró la dictadura de Uriburu previo al comienzo de la catalogada Década Infame. Cansada de la soledad del campo que le recordaba cada día a su difunto esposo, dispuso vender sus tierras del kilómetro cuarenta y uno a Pilar, y retornó al viejo chalet de la calle Bolívar, que compartió con Ernesto durante los hermosos nueve años que estuvieron casados, para transformarlo en una hostería y poder así evitar la triste melancolía en la que la hundía el recuerdo.

Tras la abundante cena, Álvaro se fue a duchar. Hacía varios días que venía esquivando el agua. Se aseó con un jabón que le había afanado a un alemán con el que compartía la pieza. Sin escalas intermedias pasó del baño a la cama. Le había pedido a Gladys que, por favor, lo despertara a las ocho porque no quería quedarse dormido por nada del mundo.

El alemán se había emborrachado y roncaba como un condenado. Álvaro le pegaba un almohadonazo cada tanto para que lo dejara dormir, pero el otro seguía como si nada. Prendió la lámpara de la mesita de luz y escribió detrás del *ticket* del café con leche que se había tomado a la mañana: «Cambiar interpretaciones, razonar lo injusto, develar secretos que nunca conocí son conductas tan regulares en mi vida que ya las he convertido en mi realidad. He cambiado las prioridades para alejarme de quien soy». Luego se durmió.

Se imaginó durmiendo entre sus brazos, soñó toda la noche con ella, con su pequeño pedazo de amor, como él le decía. Repasó una y mil veces lo que le diría cuando la encontrara, cómo no pudo

olvidarla jamás. Que para él eso era el amor verdadero; brindarse por completo a una persona sin siquiera conocer su nombre. Le tenía miedo al rechazo, a que ella viera una insuficiencia de hazañas o méritos. O que simplemente le dijera que estaba loco.